

ra el mes de Octubre. En él se hallaron ciento ochenta y tres obispos, delante de los cuales se hicieron muchas exclamaciones contra el Rey de Inglaterra, principalmente por lo respectivo á la simonía, y á la opresion de las iglesias. Todos los padres fueron de parecer que habiendo sido aquel Príncipe amonestado ya por tres veces segun los cánones no quedaba mas que hacer que imponerle el anatéma. Anselmo que habia guardado hasta allí un profundo silencio, se arrojó inmediatamente á los pies del Papa, y como veía su Soberano en su mismo perseguidor, intercedió por él con tan afectuoso corazón, que excitó la admiracion de todos los asistentes, y contuvo los efectos de la severidad pontificia. No señaló menos su sabiduría en la fuerza y claridad con que refutó á los griegos, que en aquel concilio quisieron probar por el Evangelio que el Espíritu Santo procede solo del Padre: despues copió las razones triunfantes que habia espuesto, y compuso con ellas un tratado sobre la procesion del Espíritu Santo del Padre y del Hijo.

Al regreso del Sumo Pontífice á Roma, llegó un enviado del Rey de Inglaterra encargado de las respuestas de este Príncipe, que fueron reputadas tan insignificantes como inexcusable su conducta. El apologista no pudo conseguir otra cosa que un plazo hasta San Miguel del año siguiente. Pareció este retraso demasiado largo á San Anselmo, quien por lo mismo se resolvió á pasar á Francia; pero su Santi-

dad le mandó detener todavía algun tiempo en Roma, en donde procuró por todos los medios hacerle olvidar los disgustos consiguientes á la dilacion de los negocios. Visitábale el Pontífice frecuentemente en su habitacion, ó por mejor decir, estaba sin cesar con él, pareciendo en cierto modo que le hacia la corte. Precisaban á Anselmo, á pesar de resistirlo su modestia, en todas las ceremonias y asambleas á ocupar el primer puesto junto al Papa: todo el mundo se empeñaba á porfía en prodigarle distinciones y honores; y hasta los mismos cismáticos encarnizados siempre en despedazar el seno de la iglesia romana, y en perseguir hasta en medio de Roma á los partidarios del Pontífice, hacian una escepcion única en favor de las virtudes eminentes del arzobispo de Cantorberi.

En el concilio anual celebrado allí en 10 de Abril de 1099, se exaltó repentinamente Reingero obispo de Luca, encargado de promulgar los decretos, con un entusiasmo, que dió á conocer bien las disposiciones habituales de los prelados italianos en orden al santo arzobispo. Apenas habia principiado la lectura de los decretos, cuando mudandó de semblante, y tomando una voz y un gesto animados, exclamó como por inspiración: „¿en qué pensamos, hermanos míos? Estamos cargando de leyes y de observancias á los hijos humildes de la Iglesia, y no tratamos de oponernos á las violencias de sus opresores. Un venerable prelado, venido de las estremidades del mundo, se halla modestamente sentado entre

nosotros; pero su modestia, su silencio mismo clama elocuentemente y pide justicia por las indignidades que ha sufrido. Ya hace casi dos años que anda errante fuera del seno de su iglesia, y no obstante le vemos sin defensa. Si alguno de vosotros, añadió golpeando tres veces el suelo con su báculo, si alguno, repito, no entiende de quien hablo, sepa que es del grande Anselmo, el ilustre primado de la iglesia de Inglaterra." Interrumpióle el Papa diciendo: „basta, hermano, basta: ya proveeremos lo necesario á ese efecto." Urbano como hemos visto, habia concedido un año de plazo al Rey de Inglaterra: no juzgó oportuno anticipar el fin de este término, y San Anselmo salió entonces de Roma y regresó á Francia.

54. Aceleróse el Papa por otra parte á confirmar la eleccion de San Juan de Ternana que habia visto la luz en Varneton, y habia sido canónigo de la colegiata de San Pedro de la isla, y despues canónigo regular del monte San Eloy cerca de Arras adonde le habia conducido el deseo de adquirir mayor perfeccion (1). Solo se ocupaba en santificar su alma en la obscuridad del retiro, cuando Lamberto, primer obispo de Arras, despues que esta iglesia fue separada de la de Cambray, á la que permaneció unida por mas de quinientos años, le obligó con haruto trabajo á recibir la dignidad de arcediano. Desolada la iglesia de Ternana despues de veinte años por las facciones y escándalos sucesivos de tres ó

(1) *Bolland. tom. 1. pag. 796.*

cuatro intrusos, eligieron para hacer frente á estos males al santo arcediano de Arras, célebre en particular por su desinterés. No podemos menos en este tiempo de rapiña y de violencias de admirar, que en vez de abrumar al clero con nuevas contribuciones como sus predecesores, le descargase aun de aquellas que estos habian impuesto. Cuando trataron de elegirle para el obispado, hubo otro que aspiraba á él, á quien sostenian los arcedianos de la catedral, lo que obligó á los abades y á los legos presentes á recurrir al Papa sin saberlo Juan, de cuya humildad debian esperar nuevos obstáculos. Y esta es la causa porque en su breve de confirmacion, le prohibió espresamente el Sumo Pontífice que se negase á admitir el obispado, lo que le obligó hasta hacerle desear la muerte. Sin embargo, se sometió á las órdenes de la Providencia, y gobernó santamente aquella iglesia por mas de treinta años.

Poco despues del concilio de Roma, el Papa Urbano II dió fin en esta capital á su gloriosa carrera en 29 de Julio de 1099. Su pontificado de cerca de once años y medio en un tiempo borrascoso, mostró no menos su prudencia que su actividad y grandeza de alma. Obligado á combatir al propio tiempo á un Antipapa poderoso y soberbio, á un Emperador cismático y sin religion, á Reyes sin costumbres y sin respeto á la Iglesia, y á sus propios pastores que la deshonoraban en gran número con sus simonías y con sus concubinatos, resistió á tantos y tan diversos enemigos con un celo egemplar, al que atri-

buyen milagros; y consumó el gran designio tantas veces concebido sin efecto de atajar los progresos de los enemigos del nombre cristiano en el oriente.

55. Estaba la capital de Judea en poder del califa de Egipto, que la habia recobrado de los turcos adictos al califa de Bagdad su contrario. Para conquistarla habia utilizado las victorias del egército cristiano, cuya alianza habia solicitado; pero habiendo llenado sus miras y colmado sus deseos, no pensó en devolverla á los cruzados, declarando á éstos que no consentiria la entrada en ella á sus peregrinos sino bajo ciertas condiciones humillantes. Respondieron los Príncipes, que no recibirian de él la ley, y que irian con todo su egército á Jerusalem. En efecto, marcharon despues de algun tiempo de detencion en Antioquía, en donde sufrieron en vez de descanso una enfermedad contagiosa, que se llevó mas de las tres cuartas partes de sus tropas; por lo que apenas consistian estas en cuarenta mil hombres, entre quienes apenas quedarian treinta mil en estado de combatir (1). Tratábase sin embargo de sitiarse una plaza fortificada segun todas las reglas del arte, provista de toda clase de municiones, y de una guarnicion mas numerosa que los sitiadores. Carecian estos de agua é iban á buscarla á cinco ó seis millas sin tener otra madera para construccion de máquinas, que la que llevaban por mar. No duró con todo el sitio mas que cinco semanas: los cruzados delante de la ciudad á donde llegaron en 7 de Junio de 1099,

(1) *Guill. Tyr. lib. 3.*

hicieron tan grandes esfuerzos á la vista del santo término de sus deseos, que se apoderaron de él el viernes 15 de Julio á las tres de la tarde; cosa digna de observarse como se notó por ser el dia (entre los de la semana) y la hora en que Jesucristo habia muerto.

Distinguiéronse los Príncipes y los particulares á porfia con prodigios de valor. Pedro el ermitaño, que se encontró igualmente en esta espedicion, exhortó de un modo patético en el momento del asalto general, peleando todo aquel dia con encarnizamiento y una gran parte del dia siguiente, hasta que la plaza fue tomada. Defendiéndose los sitiados con igual valor dos horas antes de su entrega, el duque Gofredo desde la torre de madera en que mandaba un ataque, dijo á los cruzados, que un caballero que descendia del cielo al monte de las Olivas iba volando en su auxilio. A estas palabras, un caballero llamado Lethot, saltó de la torre que combatia al lado del duque sobre la muralla de la ciudad, y siguiéronle al punto Gofredo, el conde Eustaquio su hermano y algunos otros señores que aniquilaron á los infieles llenos de admiracion y de horror y casi yertos de espanto. Roberto, duque de Normandía, que presidia á un segundo ataque, saltó al propio tiempo, seguido del valiente Tancredo y de la flor de los señores normandos. Observando el prudente conde de Tolosa que mandaba el tercero, la turbacion general de los sarracenos, mandó echar el puente levadizo, y bajó bien acompañado á la ciudad: mató ó hizo

retirarse á los que guardaban la puerta vecina, y ésta se abrió para el resto del ejército. Fueron los cristianos en pocos momentos dueños de la plaza en donde en el primer furor de la victoria hicieron una carnicería, de que ellos mismos se horrorizaron bien pronto. Quedaron cerca de veinte mil sarracenos muertos, de suerte que todo el interior de la ciudad estaba inundado de sangre.

Los cristianos presentando un espectáculo mas digno de su fe, algunos momentos despues de esta horrible matanza, abandonaron sus armas y sus vestidos ensangrentados, se lavaron las manos, se vistieron ropas modestas, y derramando torrentes de lágrimas, fueron con los pies descalzos á la iglesia del santo sepulcro. Confesaban unos sus culpas con ánimo de no recaer mas en ellas; otros esparcían grandes liberalidades entre los pobres, teniéndose por bastante dichosos con participar de aquel glorioso triunfo. Algunos visitaban los santos lugares andando, ó mas bien arrastrándose sobre sus rodillas desnudas: cada uno por su parte se esforzaba á dar las mayores señales de piedad que le dictaba su emulacion. Ofrecieron los obispos y los sacerdotes en todas partes nuestros adorables misterios, rindiendo gracias al Eterno por un beneficio tan visiblemente divino.

56. Eligieron Rey de Jerusalem ocho días despues de esta feliz conquista, á Gofredo de Bullon, duque de Lorena. Habia entre los vencedores Principes mas distinguidos por su poder, y aun por su nacimiento; pero él era principalmente recomendable por su va-

lor, por su piedad y por todas las virtudes. Su prudencia y rectitud inaccesible aun á las preocupaciones del tiempo y á toda intencion dañosa, le hicieron siempre fiel al Emperador Enrique IV, quien depositaba en él tanta confianza, que le entregó su estandarte contra el Rey Rodolfo, y aun afirman que Gofredo descargó el golpe mortal á este enemigo de su Soberano. Al punto que le eligieron los Principes, le trasladaron en pompa á la iglesia del santo sepulcro para hacerle coronar. Mas él se opuso á serlo solemnemente, y protestó en términos espesos no llevar la corona real en los lugares en que el Hijo de Dios habia llevado la de espinas. Señaló los primeros dias de su reinado con la derrota de un ejército innumerable, con que el soldan de Egipto volaba al socorro de la plaza. Despues procuró hacer florecer el culto divino: fundó un cabildo de canónigos en la iglesia del santo sepulcro, otro en la iglesia del templo, y levantó un monasterio en el valle de Josafat. Distribuyéronse en estos establecimientos diversas lámparas de oro y plata, y todas las inestimables riquezas de una soberbia mezquita que el califa Omar habia edificado sobre las ruinas del antiguo templo, la que tambien convirtieron en iglesia. Daimberto, arzobispo de Pira, que sucedió á fines del mismo año de 1099 á Emardo en calidad de legado de la santa Silla, fue elegido patriarca de Jerusalem por los señores cruzados que quedaban en Palestina; y desde entonces esta iglesia, igualmente que el reino, tomó una forma regular.